

CONQUISTA

CONFERENCIA DICTADA EN LA UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Señor Rector, señoras, señores:

En hora feliz ha dispuesto el señor Rector de nuestra insigne y amable Universidad de Antioquia, que desde esta elevada cátedra, se digan las excelencias del pueblo antioqueño.

Con mi reconocimiento por la honra con que me ha distinguido, reciba el doctor Uribe Escobar mis parabienes por tan noble iniciativa.

Cantemos, nó a un hombre como en los poemas de Homero y de Virgilio, sino a la colectividad que ha vivido luchando en estas agrias montañas por el progreso de Colombia.

Mi disertación será una nubecilla en el cuadro de luz que dibujarán las plumas de mis colegas en la tribuna, los que seguramente agradecerán el para ellos favorable contraste a que contribuyo en estos momentos.

La Universidad, la Academia Antioqueña y el Centro de Historia de la Ciudad de Antioquia, están probando que no somos unos fenicios, amigos del dinero, sino que cultivamos puros ideales; si nos es útil el **Manual del Capitalista**, también depositamos en los altares de nuestra señora la Belleza ofrendas de incienso y de mirra.

Ilustre fue el siglo quince. Unificada Europa y consolidadas las monarquías, los descubrimientos nuevos hacían que los hombres de pensamiento y acción mirasen hacia promisoras lejanías; las ideas, divulgadas por la imprenta, como el gas, penetraban por doquiera y la brújula enloquecida invitaba a los marinos a que transpasasen las barreras más antiguas y temidas. El Mediterráneo era insuficiente para la expansión; necesitábanse un inmenso océano y un vidente mágico: el Atlántico y Colón.

En tres frágiles carabelas surca el marino genovés el **mar tenebroso** y le arranca sus tesoros arcanos.

Ese navegante, al llevar al cabo el descubrimiento, procedió como señor de genio luminoso y de voluntad robusta.

Para tan altos fines poseía dotes preclaras: ilustración científica y literaria; hábito de observación; capacidad analítica para comprobar los hechos concretos; suficiente fuerza de abstracción para elaborar las grandes síntesis; imaginación creadora, indispensable a todo inventor; sentimiento de admiración a la majestad de la naturaleza y un valor que frisaba en el heroísmo.

Eranle familiares las santas Escrituras; conocía los poetas y filósofos de la antigüedad clásica; señoreaba la astronomía náutica, y por eso, ante cortes y academias, razonaba con lógica y emoción.

Consta que el Almirante en sus viajes dio pruebas de versación científica, servida por la intuición, propia de las inteligencias superiores.

Anunció en Jamaica un eclipse, y de este fenómeno se valió, con astucia incomparable, para aterrar a los indios y obligarlos a que le suministraran provisiones, y predijo en Haití un huracán con 48 horas de anticipación "cuando el cielo estaba aún claro y azul".

A él se debe, según el sabio Humboldt (1), el haber descubierto la variación magnética, o mejor el cambio de ella en el Atlántico; notó la influencia de la longitud en la distribución del calor, siguiendo el mismo paralelo; se dio cuenta del banco de **fucus** (Mar de Sargazo) al oeste de las Azores, y vio, quizás el primero, la gran corriente general de este a oeste, conocida con el nombre de **corriente equinocial y de rotación**.

El antedicho sabio escribió: "lo que más caracterizaba a Colón es la penetración y extraordinaria sagacidad con que se hacía cargo de los fenómenos del mundo exterior, y tan notable es como observador de la naturaleza como intrépido navegante".

La obra del eximio Descubridor aparece como fruto del estudio y de la meditación, y de ello es prueba el que la realizó cuando ya entraba en la tarde de la vida.

Desatentados andan los que lo consideran como un simple aventurero o como un hombre **providencial**, tomando este calificativo en el sentido de un determinismo que quita todo merecimiento a la inteligencia, algo como el Eneas de Virgilio, a quien los dioses guían como a un autómatas desde la incendiada Troya hasta el prefijado Lacio. Divina chispa es la razón del hombre y de Dios procede cuanto existe, pero esto no impide que el sér racional obre de acuerdo con los dictados de su entendimiento.

El individuo dichoso en cuyo cerebro arde el fanal del genio, concibe, por lo general, con máxima rapidez; vuela cuando los demás caminan. El descubrimiento puede ser hijo de un largo cavilar, pero la fórmula suprema acude a la mente como una llamarada instantánea y, prendida a veces, por

(1) Descubrimiento de América.

un incidente cualquiera: tál la manzana para Newton.

El consentimiento universal ha consagrado a Pesteur como a un hombre genial, porque conoció al través del microscopio el mundo microbiano; justo es otorgar la misma palma a Cristóbal Colón que halló un hemisferio más opulento y vasto que el que él y Toscanelli columbraban. Ansiaban descubrir el país de las especias y hallaron el Continente del Oro.

El genio, superación de la inteligencia es, según la Real Academia Española, una "fuerza intelectual extraordinaria o facultad capaz de crear o inventar cosas nuevas y admirables".

Distínguense dos clases de genios científicos: el de invención y el del método. En el marino ligur fraternizaban ambos: por la observación, la inducción y la experiencia descubrió leyes y métodos que lo llevaron hasta hallar el mundo nuevo. No son superiores a él Newton, Edison y Marconi.

Al entregarse al vaivén de las olas del mar, confiaba en Dios y tenía absoluta certeza en su iluminada inteligencia. Como técnico, pedía dirección a las estrellas por medio del astrolabio, pero nunca a usanza de los augures paganos, pretendió leer su **sino** o **signo**, en el revolver de los cielos ni en el fulgor de las constelaciones.

La expresión **hombre providencial**, en el sentido en que suele emplearse, carece de fundamento filosófico y no es difícil que quienes le den mérito, caigan en la superstición del **destino**, aquella deidad ciega, hija del Caos y de la Noche, a que rindieron pleitesía los que nacieron antes que el Cristianismo brillara sobre el mundo como un iris de fe, de esperanza y de paz.

Dejad que el luminar de Aquino me ilustre en tan arduo tema:

"Por consiguiente conviene decir que Dios tie-

ne lo esencial del gobierno aún de las cosas particulares más insignificantes. Pero, teniendo por objeto el gobierno de las cosas, conducir las a la perfección; tanto mejor será éste, cuanto mayor perfección se comunica por el que gobierna a las cosas gobernadas. Mayor perfección existe en que una cosa sea buena en sí misma, siendo además causa de la bondad en otras, que si fuese solamente buena en sí: Y así Dios gobierna las cosas de tal manera, que sustituye a unas, causas de otras en cuanto al gobierno; como si un maestro hiciese de sus discípulos no sólo sabios, sino también doctores de otros”.

Y enseña el santo doctor: “la ordenación de los actos humanos, cuyo principio es la voluntad, debe atribuírse a sólo Dios; y así podemos admitir el **hado** en el sentido de que todas las cosas, que suceden en el mundo, están sometidas a la Providencia divina, como preordenadas y digámoslo así prehabladas por ella; aunque los santos doctores rehusaron el uso de este nombre de **hado**, por no favorecer el parecer de aquellos que hacían de él una virtud en los astros según su posición”. (1).

Campea en el estilo de Colón un misticismo profundo, matizado de cierto tinte poético y dulcemente melancólico: era héroe y, como opinaba Lamartine: “los poetas y los héroes son de la misma raza, no habiendo entre ellos más diferencia que la de la idea al hecho. Unos hacen lo que otros conciben, pero el pensamiento es el mismo.”

La *Ilíada* y la *Eneida* son epopeyas que no morirán, pero nunca superiores a las proezas de Colón, Napoleón y Bolívar. La rima no es condición única en la poesía; en cambio de la magia prosódica hay en ciertas obras ritmo y armonía inefables: así el poema blanco que esculpió en la esplendo-

(1) *Suma Teológica*, parte primera, cuestión CIII, artículo 6o. y cuestión CXVI, artículo primero.

rosa estatua de Moisés la divina inspiración de Miguel Angel.

Como humano, el Descubridor pecó; no se puede compartir con Roselly de Lorgues la tesis de que era un embajador venido del cielo a descubrir la América, digno de una hornacina en los altares. Débense a su memoria los honores que se confieren a los grandes en el panteón glorificante, pero no será justo ofrecerle lirios y azucenas ni presentarlo como paradigma de mansedumbre.

La ciencia acepta la doctrina de que los hombres de encumbrada mente y exquisita sensibilidad adolecen de deficiencias síquicas y orgánicas que se explican por claras leyes de compensación fisiológica: una facultad que se hipertrofia lo hace con perjuicio de otra u otras. Es que las neuronas, en constante vibración, debilitan el sistema nervioso y dan por resultado esas rarezas tan comunes en los seres privilegiados: fobias, amnesias, irritabilidad enfermiza y toda esa cohorte de anomalías bien conocidas. Colón era un mártir de la melancolía, diosa que, si es prodigioso numen, se complace al mismo tiempo, en acibarar el alma de sus inspirados. La moderna siquiatria anda acorde con el dicho antiguo: **nullum ingenium magnum sine mixtura demen-tiae fuit.**

En fuerza de la ley de reversión histórica rean damos en estos días los antioqueños el occidente de nuestro Departamento, que fue la via que tomaron en un principio los conquistadores: del mar al interior venían ellos en pos de tesoros, y del centro a la costa vamos nosotros en busca de las tonificantes y civilizadoras brisas del mar Caribe. La fecha venturosa en que la carretera bese las salinas aguas, gritaremos como los soldados de Jenofonte, **el mar, el mar.**

A los oídos siempre abiertos de Vasco Núñez

llegó la noticia de que no lejos de la costa del Caribe, donde se hallaba, había tierras y caciques ricos en oro.

De ello dió cuenta al rey en carta, en la cual dice de la opulencia de los ríos Murri y Sucio, en cuya región dizque quedaba el aladinesco Dabaibe, hito a que apuntaron Balboa, los Heredias y cuantos se intrincaron en nuestras selvas.

En aquellos años legendarios la imaginación, atizada por la codicia, forjó mitos sin cuento que sirvieron de estímulo a los buscadores de tierras: el Dabaibe de Balboa, los Heredias, César y Badillo (1); el Dorado de Benalcázar; la **leyenda amarilla** que empujó por el Pacífico a Pizarro y a Almagro hasta el soñado Perú y la **leyenda blanca**, hechizante señuelo que, por el Atlántico, condujo a los que inquirían el **cerro de plata** que, en el macizo de Charcas, servía de escabel a un rey de fastuosidad oriental.

El continente americano, de silueta precisa, va de un polo al otro; recórrenlo cadenas de estupendas montañas y lo riegan ríos cuadalosos. En él caben todos los climas, vegeta una flora variada y se levanta una fauna hermosa.

En la parte que moja el Pacífico se observa un macizo orográfico coronado de volcanes en permanente ignición, como si aún trabajasen los cíclopes en sus fraguas subterráneas. Esta zona electrizada y electrizante fue sometida por los hijos de Iberia.

Del lado del Atlántico se distingue otro macizo apagado, tranquilo; lo conquistó Portugal. El papa Alejandro VI, por bula de 3 de mayo de 1493, con su cayado, trazó la línea divisoria de los dos países.

(1) Escribo Badillo siguiendo a Conto e Isaza, quienes dicen que esa es la forma ortográfica que se usa en España, aunque muchos historiadores de América escriben dicho apellido con V.

Quizás el pontifical designio coincidió con el límite geológico. (1).

En la parte septentrional, Estados Unidos y Canadá, dominaron los ingleses, región que, por estar más cercana a Europa y por las características de la raza, ha adquirido un prodigioso desenvolvimiento.

Con evidencia meridiana se observa la diferencia de las luchas de colonización e independencia de estas naciones y de las que se extienden en el trópico: no hubo en las primeras la serie de combates y horrores dantescos que se registraron en las segundas. Washington y San Martín nunca se vieron empeñados en la brega sin igual que correspondió a nuestro Libertador Simón Bolívar. Como si el Puracé y el Chimborazo hubieran inflamado el alma del Caraqueño y de cuantos le seguían, y cómo si la nieve de las regiones boreal y austral hubiera enfriado el corazón de los próceres que en esas latitudes laboraron.

Alejandro de Humboldt opina que los Estados Unidos y el Brasil estaban poblados por tribus nómadas que en la conquista fueron fácilmente vencidas; muchas de ellas desaparecieron.

Por el contrario, no fue fácil sojuzgar los pueblos montañosos que, como Méjico, Cundinamarca, Quito y Perú, eran agricultores, poseían alguna civilización y por lo tanto un hogar que defender. Tal el territorio que recibió el nombre de Antioquia.

Oscurísima es la prehistoria del continente americano. Cuanto a nuestro Departamento, lo cierto es que su vida fue ignorada antes de la invasión europea y callada en el régimen colonial. Ocúltase en la noche de los siglos el secreto de los primeros pobladores.

Don Tulio Ospina, (2) tras conscientes estu-

(1) Zorrilla de Sanmartín. **Epopeya de Artigas.**

(2) Repertorio Histórico Nro. 1. — Discurso ante la Academia Antioqueña de Historia.

dios, dedujo que una invasión de pueblos de origen asiático visitó, sabe Dios cuándo, el norte de la América. Los individuos que componían la colonia eran de tipo turco o judío, con cráneo dolicocefalo, cara alargada, nariz recta o aguileña y mandíbula inferior fuerte y saliente.

A la América del Sur llegaron pobladores de la misma casta que pobló la China y el Japón. Mezcláronse con los autóctonos y dieron origen a una raza rechoncha, pequeña, prognata, de cráneo braquicefalo, nariz chata y ojos oblicuos.

Sucedieron emigraciones de Sur a Norte y de Norte a Sur, lo que trajo por consecuencia la mezcla de esas dos colonias. En Antioquia encontraron los españoles representantes de ambas razas.

Que los doctos en antropología investiguen qué raza predomina entre nosotros después de la fusión de los americanos con los europeos y los negros de Africa.

Sin que blasone de dogmático, juzgo que en esta sección de Colombia, en lo general se ha conservado la sangre pura y que la mezcla se ha verificado principalmente entre negros y blancos. Los indios, fisiológicamente inferiores, perecieron en las guerras, o fueron víctimas de las epidemias y de la dureza del trabajo en las encomiendas. A muchos se los tragó la selva; de aquí que hayan perdido toda influencia como colectividad.

Antioquia, región mediterránea, contaba con pocos habitantes, regados en un territorio inmenso y lleno de selvas impenetrables.

Aventurado sería el cálculo que se hiciera de la población primitiva, porque si se atiende a los indios que salieron al encuentro de los invasores, se cae en el peligro de la exageración muy corriente de que se valen los vencedores para exaltar el triunfo.

En la relación que envió al rey el agustino toledano fray Gerónimo de Escobar, quizás en 1582,

sobre el **caracter e costumbres de los indios de la Provincia de Popayán**, informa que en la Provincia de Antioquia había en los días del descubrimiento más de cien mil indios de los que quedaron ochocientos, y seiscientos esclavos; cuenta además que eran antropófagos y engordaban los hijos para comérselos en fiestas y bailes, lo que hacían por **enseñamiento del demonio**. El mismo informante fija la población de los quimbayas (Departamento de Caldas) en veinte mil almas.

Refieren las crónicas que Francisco César, capitán de Don Pedro de Heredia, con 51 españoles, derrotó a los 20.000 hombres de los hermanos Nutibara y Quinunchú, señores de Guaca, y Sardela (1) asegura que en el Valle del Aburrá salieron a combatir a Jerónimo Luis Tejelo, enviado de Jorge Robledo, 1.000 indios en el primer encuentro (guazavara) y 3.000 en el segundo. No estaban por tanto muy pobladas estas tierras donde hoy vivimos.

Cuanto estudian los problemas referentes a la América andan acordes en sostener que la raza indígena se hallaba en decadencia cuando vinieron los españoles. Las guerras de unas tribus con otras y la antropofagia habían minado la población. Los monumentos de Méjico, San Agustín y Perú hablan de una civilización muy antigua y desgraciadamente poco estudiada.

Los salvajes de Antioquia vivían de la caza y de los productos de una agricultura rudimentaria. Trabajaban el oro; lo extraían de los aluviones auríferos y con él fabricaban ídolos, vasos y adornos para hombres y mujeres. El doctor Libardo Zerda habla de un adoratorio que había en el norte de Antioquia, en el cual se encontraron piezas de oro sol-

(1) El doctor Emilio Robledo, tenaz investigador, posee documentos que prueban que es **Sardela** y no **Sardella**.

dadas, lo que demuestra adelanto en trabajos de esta índole.

Dícese que Nutibara vivía con pompa asiática: los nobles le conducían por sus dominios en andas enchapadas de oro, algo parecido a la marcha triunfal de la ópera Aída. En la carta de Balboa a que antes me referí, se narra que el Cacique del Dabaibe "tiene gran fundición de oro en su casa y 100 hombres a la contina que labran oro."

No desconocían los indios el arte fabril. Según Sardela, los habitantes del Aburrá usaban túnica de algodón sin manga, y Fray Pedro Simón da noticia de que los salvajes de Buriticá, principalmente los de las montañas, vestían telas de algodón.

El historiador Piedrahíta asegura que Jorge Robledo encontró en este valle "abundancia de semillas, perros mudos (1), conejos y frutas que había en el país; que los indios se ahorcaban con las mantas, espantados con los gestos, barbas y trajes de los españoles, y que fue el motivo que les propuso el demonio para que, ilusos, diesen en brazos de la desesperación".

Los ingenuos habitantes del Aburrá se aterraron al ver la barba y los vestidos de los cristianos. Da idea de una mayor elevación mental saber que los Chibchas temblaban ante el hombre a caballo. Ocúrreseme pensar que en esto se recata una honda psicología: el jinete y el animal constituían una sola persona. Tenemos, pues, en estas latitudes el mito del centauro.

El caballo, como el avión y los tanques de ho-gaño, era signo de dominio; el indio andaba a pie; no era señor de la tierra.

Reparad, señores, en cierto aire de superiori-

(1) Colón encontró también perros mudos en Haití. **Es el perro de monte: Cercoleptes caudivólulus.** (Dr. Emilio Robledo. Geografía Médica, pág. 236).

dad que adquiere el que cabalga, va en automóvil o en avión; se siente superior a cuanto ve debajo de sí. Los inspectores de tránsito, si estudiaran un poco de sicología, pararían mientes en que al conductor se le ha de exigir no solamente agudeza de los órganos de los sentidos, sino un gran fondo moral que impida se torne altanero y cruel y, para economizar unas gotas de gasolina, corra, se estrelle y mate a los viajeros.

Brillante papel el del caballo en la conquista de América, como en toda la historia del mundo. Recortada imagen tendríamos de Alejandro, Tamerlan, El Cid, Bonaparte y Bolívar sin el caballo, su fiel conductor. Vosotros sabéis cuánto ponderaba Atila los cascos del bruto que lo cargaba.

El santo Job, que con sus quejas sublimes llenó los campos de Idumea, cantó al caballo: "No conoce el miedo, ni se rinde a la espada" y "en oyendo el clarín, **como que** dice con sus **relinchos**: Ea, **vamos** allá. Huele de lejos la batalla y percibe la exhortación de los capitantes, y la gritería del ejército". (1).

Y nuestro gran lírico, el comandante-bardo, en el famoso poema Gonzalo de Oyón, trae el siguiente rasgo hipográfico:

"Saltado el ojo, eriza la melena,
La espesa cola encoge zozobrado;
Tiembla de pies y manos azogado;
Bufa poniendo en arco la cerviz:
La inquieta oreja hacia el peligro vuelta,
Y el ancho pecho cándido de espuma,
Brotada de fuego una radiante pluma
De la convulsa, anchísima nariz".

(Cuadro IX)

(1) Capítulo XXXIX, versículos 22 y 25.

Se asegura que cuando Francisco César, Martín Yáñez Tafur y Juan de Céspedes vencieron a Nutibara, los sobrevivientes decían haber visto en lo más crudo de la refriega un caballero que iba en un rucio que despedía luz desde las orejas hasta la cola (1).

La lectura de los cronistas da una idea de las costumbres de los indígenas de Antioquia. Citaré unos pocos casos.

El vivaz Cieza de León enseña que los chancos, vecinos de Arma, deformaban la cabeza del recién nacido para dar forma especial al cráneo infantil.

Relata Herrera que los quimbayas (2) empleaban la hidroterapia, lo que revela un gran sentido higiénico y curativo. En los países nórdicos de Europa sostienen la tesis de que el baño evita la lepra, y en verdad, la mejor profilaxis es el aseo.

Amaban además los antedichos salvajes la historia y, como medio de perpetuación de los hechos, empleaban el sistema de recordarlos al compás de cantos y danzas.

Cuanto a lenguaje escrito, trae Castellanos lo siguiente respecto de los Catíos:

“Y aquesta de Catía, más serrana,
Es en común, (de más de ser valiente)
Nación ingeniosa, bien vestida,
Y que vive con peso y con medida.
Y aún entre sus avisos principales
Historían las cosas sucedidas,
Mediante hieroglíficas señales,
En mantas y otras cosas esculpidas”.

(1) Miguel Aguilera. LOS CABALLOS DE LOS CONQUISTADORES. BOLETIN DE HISTORIA Y ANTIGUEDADES, números 301 y 302.

(2) En esta exposición se mencionan algunos hechos y lugares que no se refieren a la Antioquia actual.

El doctor José Tomás Henao, querealizó serios estudios acerca de los quimbayas, emite la hipótesis de que los **husos** de barro que se ven en algunas **huacas** con jeroglíficos, pudieran contener el archivo del gobierno, esto es la historia de los mandatarios. (1).

¿Vendrían los egipcios a la América?

No lo sé, pero lo sospecho.

Dura lucha tuvieron los conquistadores de Antioquia; el éxito coronó su labor.

Hazaña merecedora del epinicio: viajan unos cuantos hombres; todo les es hostil. Desconocen el terreno; ignoran los caminos; no saben la lengua autóctona; guíalos en el día el instinto heroico y en las noches la lumbre mortecina de las estrellas. Trepan montes escarpados; cruzan llanuras quemantes; nada los intimida ni nadie los ataja; ni la laguna profunda y pantanosa, ni los torrentes desbordados, ni las rudas alturas, ni el felino, cuyos ojos brillan cual centellas en el fondo de los bosques; ni el indio alevoso que acecha por doquiera, templado el arco que lanza la flecha envenenada; ni el reptil que, insidioso, se esconde con malicia mimetista entre las hojas secas, o envuelve en el tronco de un árbol sus elásticos anillos.

Desde las costas del antillano mar van hasta Cali, descuajando selvas, esguazando ríos, guerreando y venciendo.

Es un desfile de titanes:

Dicho se está que Balboa penetró con Martín Fernández de Enciso y otros hombres de Pedrarias hasta reconocer la parte inferior del río Atrato. Esta la iniciación de la conquista.

(1) Archivo Historial No. 4.

En 1535 el gobernador de Cartagena, don Pedro de Heredia, manda a su hermano a que realice una excursión hacia el sur, siguiendo el curso del Cauca. En efecto, don Alonso pisó la tierra de Cáceres.

En el siguiente año don Pedro llegó a la serranía de Abibe; anhelaba adueñarse del tesoro de Dabaibe. Acompañábanle 150 infantes y 60 hombres de caballería; navegaron por el Atrato, pero tras muchos contratiempos volvieron a San Sebastián de Urabá, población fundada por Ojeda y reconstruída por el hermano del gobernador de Cartagena, porque la habían arrasado los indios.

Aparece el gallardo portugués Francisco César (1). El meritísimo autor de ELEGIAS DE VARONES ILUSTRES hace en sus desmayados versos el siguiente elogio de tan descollante campeón:

“Destos que procuraban su provecho,
Fué Francisco César excelente.
Y César en el nombre y en el hecho,
A quien Heredia lo hizo su teniente”.

El valeroso militar de que hablo había acompañado a Sebastián Cabot al río de La Plata y él sólo exploró el Paraguay. De regreso conoció en Puerto Rico a Don Pedro de Heredia, y juntos vinieron a Cartagena e hicieron excursiones hasta el Finsenu (alto Sinú). (2).

Viajaron al Finsenu don Alonso y César. Se paseó éste por la hoya del Sinú y alcanzó hasta Tolú. Don Pedro exigió de César el oro que había recogido a lo que éste, con justicia, se negó; fue condenado a muerte: no hubo quién se encargase del papel de verdugo.

(1) Jiménez de la Espada da a Córdoba como patria de César y Don Alvaro Restrepo Euse lo pone como Malagueño.

(2) Historia de Antioquia por Alvaro Restrepo Euse.

Justamente resentido, se separó César de los Heredias, mas, se vio obligado don Pedro a llamarlo porque reconoció el prestigio que entre los soldados tenía el amigo a quien con tanta dureza había tratado. Lo encargó de una lucida expedición.

Parte César de San Sebastián de Buenavista con 100 hombres y, tras pesada marcha de nueve meses, entra en los dominios del cacique Nutibara, hijo de Anonaibe, cuya sede de gobierno estaba en Guaca (1). Recio se presenta el combate: cincuenta y un europeos derrotan a veinte mil indios. En un momento el capitán ibero se ve perdido, pero atraviesa con la lanza la garganta de Quinnuchú, hermano de Nutibara; los salvajes desconcertados huyen despavoridos. Vuelve César a San Sebastián.

El Licenciado y Oidor don Juan vino a Tierra Firme a residenciar a los Heredias. Empero, se arrojó en manos de la codicia y trató malamente a los culpados. (2). Sabedora de esto la Corte, envió a Juan de Santacruz, de la Audiencia de Santo Domingo, para que pidiese cuentas al terrible togado.

En el Boletín de Historia y Antigüedades, números 293 y 294, se lee en los **papeles de justicia** que la constancia del ilustre historiador Ernesto Restrepo Tirado ha hecho conocer, el siguiente retrato del pérfido Licenciado:

“Su codicia era insaciable. Poseía cuadrilla de negros sacando oro en el Zinú, tenía participaciones en las sepulturas que se abrían en la Provincia, monopolizó el maíz y la venta de vinos y otros efectos en el Zinú, mandaba sus capitanes a saquear los pueblos, llevando para sí la mayor parte del botín, resultando de aquí que con los malos tratos de que

(1) Léase **RETOQUES HISTORICOS**, por José María Mesa Jaramillo. — **REPERTORIO HISTORICO** No. 1.

(2) *Geografía Médica y Nosológica del Departamento de Caldas*, por el Doctor Emilio Robledo.

eran víctimas los naturales, unos se habían alzado y la mayor parte se internaron en el bosque”.

Huyendo de la justicia, a fines de 1537 parte de Cartagena con rumbo a San Sebastián de Buenavista. (1).

Sale de aquí con 350 hombres el 24 de enero 1538; iba en pos del tesoro de Dabaibe, pero el astuto Licenciado quiso antes de salir, poner en salvo su hacienda. En efecto, su teniente Alonso de Vegines despachó de Cartagena para Santo Domingo a la esclava de Badillo llamada Leonor “con toda la plata, e oro, e joyas, e otras cosas que tenía”. (2).

Penosas y fatigantes aquellas jornadas. Narra el doctor Manuel Uribe Angel que Badillo (3) luchó contra los Catíos; recorrió audazmente la parte occidental del Cauca y pasó por Concordia, San Juan y Jericó, hasta llegar a Cali, donde fue preso por Lorenzo de Aldana, teniente de Francisco Pizarro. Muchos de los soldados de Badillo se unieron a Jorge Robledo y lo acompañaron en su gloriosa odisea hasta la fundación de la ciudad de Antioquia.

En esta campaña vencieron al cacique Nutibara. El señor de Nore, Nabuco, ofreció oro a los expedicionarios y los encaminó a Buriticá, cuyo cacique fue quemado vivo.

Cuando los colombianos tengamos lo que me permito llamar conciencia histórica, alzaremos monumentos al infeliz cacique de Buriticá, a Nutibara, egregio defensor de sus derechos, y a Sagipa, el martirizado.

En Cori murió Francisco César. La muerte le

(1) Algunos dicen San Sebastián de Urabá.

(2) Boletín de Historia y Antigüedades números citados.

(3) Geografía General y Compendio Histórico del Estado de Antioquia.

llegó sin que la esperara y se fue de esta vida sin reconciliarse con Dios. Castellanos hace constar:

“Cargó también a César la dolencia
 El cual, en confianza de ser nada,
 No hizo la debida diligencia,
 Siendo de día en día dilatada,
 Y ansí, sin el examen de conciencia
 La muerte le tomó la madrugada:
 A todos fue la muerte lastimera
 Y mucho más en ser desta manera”.

Es raro que la fuerza y la bondad fraternicen: la victoria y la prosperidad crean muy comunmente cierto complejo de superioridad que hace al venturoso arrogante, altanero e ingrato.

Quien dice conquista dice guerra y ésta es el desborde de las pasiones brutales del hombre.

Vencedores y vencidos; conductores y conducidos: ahí tenéis el cuadro de la vida humana. Unos piensan, otros ejecutan; mandan éstos, obedecen los demás.

En las batallas, como en todo hacinamiento de hombres, el individuo desaparece. El ideal común a cuantos van en seguimiento de una bandera, la identidad de raza, de religión y de costumbres, compactan la multitud en torno de un jefe que desempeña el papel del centro **O**, como quiere Grasset: él medita, planea y ordena; quienes le siguen, obran sumisos, porque abdicaron de su personalidad: actúan como autómatas.

En este caso se aplica la ley de sicología de Sighele, según la cual la intensidad de una emoción crece en proporción directa al número de personas que la experimentan.

En el combate influyen en el soldado la voz conductora, la gritería de los compañeros, los cantos y músicas marciales y el anhelo de la gloria. Establécese entre el Jefe y los subalternos un inter-

cambio de ondas refluyentes que dan valor hasta para arrostrar la muerte: las órdenes de arriba son conetstadas desde abajo, con frenético entusiasmo.

Esta la causa de tántas hazañas gloriosas y de tántos crímenes nefandos.

Sostienen los sicólogos que las enfermedades mentales, en sentido estricto, no se contagian pero, por obra de la sugestión, se transmiten las ideas delirantes. El zafio Sancho se enloquece por la comunicación constante y directa con su señor don Quijote, caballero elocuente y gentil. Esos discursos tan vehementes, transmitidos con la dulzura de una abeja del Helicón, convencen al escudero de que hay gigantes y que Dulcinea existe como mujer de carne y hueso.

La sicología colectiva analítica estudia los casos frecuentes en que personas sobrias y tranquilas en privado, se convierten en furias cuando hacen parte de una colectividad.

La pluma primorosa de Manzoni describe el caso del pacífico Renzo que llegó a ser jefe de motines en Milán.

En nuestra guerra de independendencia no son escasos hechos como el que acabo de citar. Con dolor hay que confesar que muchos de nuestros próceres aprendieron las lecciones de crueldad que les dieron los españoles, y desgraciadamente tan sombría enseñanza siguió dando sus frutos infernales en nuestras malditas guerras civiles.

Acude a los gavilanes de mi pluma en este instante el nombre terrífico de Antonio Nicolás Briceño, que figuró en los primeros años de la emancipación. Hombre docto y tranquilo; ocupó altos puestos, y de pronto las atrocidades de los españoles, y quizás especialmente las de un tal Martínez, le volvieron sanguinario hasta la locura. Quiso exterminar a todos los españoles de Venezuela y comenzó por autorizar a los esclavos a que eliminasen a sus amos;

él mismo mató a dos inocentes, cuyas cabezas remitió con delectación, digna de Salomé, a Bolívar y a Castillo: la carta remisora tenía la primera línea escrita con sangre de los dos asesinados.

Con sagacidad pasmosa el ilustre venezolano Juan Vicente González trazó respecto del personaje a que me refiero esta plumada, que encierra toda una síntesis de la doctrina de lo subconsciente. Dice que Antonio Nicolás Briceño era un abogado instruído, y se le tenía por hombre moderado; había desempeñado altos puestos y "las primeras reacciones le hallaron tranquilo y confiado; poco a poco su carácter fue exaltándose hasta distinguirse, en fin, por la osadía de sus provocaciones y las medidas violentas que sugería; uno de esos hombres que vivirían contentos en una época de paz, pero que ocultan una misteriosa pólvora a que dan fuego las revoluciones". (1).

Grato es en el estudio de las guerras topar con un hombre que sea capaz de librarse de la tremenda sicosis que las conmociones sociales traen consigo. Francisco César constituye un bello ejemplo.

Pertenece este paladín a la clase de luchadores para quienes la fortuna no tiene recompensas, y cuya fatigada vida se compendía en dos verbos: trabajar, sufrir.

Para estos fracasados todo se muestra hostil: el medio, los amigos, las circunstancias, como si alguna deidad maléfica se encargase de frustrar sus planes. Si vencen, no falta una mano ladrona que les arrebate o marchite la palma. La amistad se torna olvidadiza e indiferente y la gratitud se trueca en odio. A ellos no les queda otro consuelo que morir, como Cyrano, con la conciencia limpia e impolutas las plumas de su penacho.

(1) Vida de José Félix Ribas.

Formulo mis votos porque en no distante día se funde una ciudad en el suroeste de Antioquia y se le dé el clásico nombre de Cesarea.

Las huestes de Badillo avanzaron porentre tribus rebeldes; pasando por Cartama, visitaron a Caramanta, el señorío del cacique Riterón y a Guanacumán, donde encontraron las huellas de los blancos.

En la provincia de Guarama acabaron de convencerse que los españoles habían pasado por allí: eran Robledo y sus soldados.

Estuvo el Licenciado en Cali y, abandonado de los suyos, fue a Panamá, donde lo tomó preso un teniente de Santacruz. Al cabo de veinte años murió pobre en España. (1).

En busca de Badillo partieron de Cartagena Luis Bernal y Juan Gracian, mensajeros de Santacruz, enviados a examinar la conducta de aquél con los Heredias. Los expedicionarios mataron a Nutibara y en Anserma se encontraron con la vanguardia del ejército de Robledo, al que se incorporó la mayor parte. (2).

En los documentos del Archivo de Indias encuentro este párrafo: (3).

“Se resiste la pluma a copiar el detalle de las crueldades cometidas por el capitán Luis Bernal y demás conquistadores arriba mencionados (Alonso Díez Madroñero, el capitán Gonzalo de la Peña, Martín de Bocanegra y otros), contra los infelices indios y relatados por quienes las presenciaron. Lo que dice el fiscal es un pálido resumen de lo que asseveran los testigos. ¿Qué decir de aquel capitán Mendoza, que llevaba indios aliados antropófagos

(1) Véase el Anuario Estadístico de D. Camilo Botero Guerra.

(2) Antioquia por Colombia de Tomás Cadavid Restrepo.

(3) Boletín de Historia y Antigüedades Nos. 295 y 296.

a quienes entregaba prisioneros de otras tribus, vivos, para que se los comiesen? y Gonzalo de la Peña haciendo atar una gruesa piedra al pescuezo de una india para echarla a rodar por un despeñadero y cuyo cadáver fue devorado por los perros?

Quemarlos vivos o ahorcarlos era un espectáculo ya poco refinado para aquellos corazones endurecidos”.

En viaje de conquista envió desde el Perú Francisco Pizarro a Sebastián de Benalcázar, (1). Este, en impulso arrollador asciende: funda a Quito, a Cali (2) y a Popayán. El Dorado es el norte de sus tropas. Recorre las tierras del actual departamento de Caldas.

Con todo, don Sebastián se olvida de su jefe, el cual comisiona a don Lorenzo de Aldana para que vigile sus pasos. Este se hace reconocer como gobernador de Popayán, y en su ansia de conquistas, comisiona a Jorge Robledo para que funde a Santana de los Caballeros, que es la misma Anserma, y quedaba en sitio no distante del río Cauca (15 de agosto de 1539).

Coronas de roble y laurel merece Robledo. Su carácter, por lo general, aparecía ecuánime. Ilustre de cuna, hábil estratego y benévolo con los indios, hasta donde es posible concebirlo en esa época en que eran habituales los castigos de azotes, mutilaciones y aún la muerte misma.

Uno de los actos, en mi concepto, de mayor crueldad en la conquista, consistía en adiestrar los perros para que persiguiesen y despedazasen a los

(1) Don Miguel Antonio Caro opina que muchos escriben Benalcázar por eufonía o por capricho. Pero esta grafía está apoyada por doctas razones, como lo prueba Alberto Carvajal en su libro **BENALCAZAR Y OTROS ENSAYOS**.

(2) Cieza de León da a Benalcázar como fundador de Cali; López Muñoz la trasladó. Consta lo mismo en la relación de Andagoya (Fernández de Navarrete).

indios. Marcel Brion (1) acusa de tal infamia a Robledo y a Francisco Bobadilla; relata el caso de Nuño de Guzmán, gobernador del Cuzco, quien manejaba un perro bravío, espanto de los naturales, y al cual por ironía, hija de la depravación, llamaba **amigo**. No se concibe que un civilizado llegue hasta el punto de pervertir los instintos de tan noble animal, ejemplar de lealtad y gratitud. Pero, aún se conservan por doquiera costumbres que revelan como un equivalente de la crueldad atávica: las corridas de toros y los juegos de gallos, recuerdos son del famoso circo romano. (2).

Hijo de Ubeda, entró Robledo muy joven en los ejércitos españoles que peleaban en Italia contra Francisco I.

Ayudó eficazmente a Pizarro en la campaña del Perú, de modo que al presentarse en la tierra de Pubén ostentaba sus bien ganados títulos.

Arranca de Cali el 14 de julio de 1539; obtiene ventajas en la pacificación de los pueblos del lado occidental del Cauca; pasa por Irra y se coloca en la banda oriental del río, casi al frente de donde se asienta La Perla del Ruiz; recorre el país de los Carrapas, comarca que ocupan Tapias, Neira, Aranzazu y Filadelfia; pacta con los naturales; derrota a los **PICARAS**; bate a los Pozos; domina al cacique de Pácora; vence a los Armas, donde vio un cacique barbado; se adueña de las tierras de Maitamá; explora la provincia de los Quimbayas y funda a Cartago, la Pereira de hoy, a orillas del río Otún, en los dominios del cacique Consota, el 9 de agosto de 1540. (3). Se dio tal nombre a la nueva fun-

(1) BARTOLOME DE LAS CASAS, pág. 31 y 32.

(2) Famoso fue el perro Becerrillo, padre del Leoncico de Balboa.

(3) Véase ANTIOQUIA POR COLOMBIA de Tomás Ca-
david Restrepo.

dación para consagrar el recuerdo de los expedicionarios cartageneros que acompañaban a Badillo y a Gracián.

Don Pascual de Andagoya se presentó como gobernador de Popayán por haberse ausentado don Lorenzo de Aldana. Robledo lo reconoció y poco después hizo lo mismo con Benalcázar, quien traía el pomposo título de Adelantado y Gobernador de Popayán. No aparece decorosa la doble actitud del futuro mariscal, pero téngase en cuenta que él, ante todo, buscaba quién le diese recursos para su próxima expedición.

Parte de Arma el 22 de junio; llega a Fascua y pisa terrenos de nuestra Antioquia (1); anda por Sinifaná, el Pueblo de las Peras, Angelópolis, Pueblito y Heliconia. Del **Pueblo de la Sal** o Murgia envía a Jerónimo Luis Tejelo a que explore por el oriente. Este soldado divisa desde el Barcino el valle en que se alza la hermosa Medellín, ciudad que fue galardonada por el poeta José Joaquín Casas, con los calificativos de "ánfora de oro con guirnaldas de jazmines".

Bautizaron con el nombre de San Bartolomé a este lindo pedazo de Antioquia, en el cual entraron el 24 de agosto de 1541.

Comisionó Robledo a varios exploradores para que fueran por los parajes donde están Rionegro, el Retiro, Marinilla y Guarne.

En la parte oriental del valle contemplaron ruinas de casas y restos de caminos. Juan Bautista Sardela narró: "Desde la provincia de Arma hasta la de Cenufaná habrá 20 leguas, y de Cenufaná a Aburrá puede haber 6; en todo este camino hay grandes asientos de edificios y caminos hechos a mano

(1) El doctor Julio César García afirma con acierto que el 22 de junio debieron haber comenzado las fiestas del IV centenario de la Raza.

y grandes, por las sierras y medias laderas que en el Cuzco no los hay iguales". (1).

Sigue la comitiva por San Pedro, Santa Rosa de Osos, Córdoba, Curumé; vadea el Cauca y en el valle de Ebéjico funda la ciudad de Antioquia, el 25 de noviembre de 1541 (2).

Al nombre de la urbe egregia, que fue asiento de los gobiernos civil y eclesiástico y por ende cuna de la cultura antioqueña, va ligada la esclarecida memoria de Jorge Robledo, Juan de Cabrera, Isidro de Tapias y Gaspar de Rodas. Honremos el recuerdo de estos gallardos paladines.

La nueva ciudad, en aquella época, fue gobernada sucesivamente por Robledo, Benalcázar y don Pedro de Heredia; éste la ocupó tres veces. En una

(1) Cuéntase en la Relación de Andagoya (Fernández de Navarrete) que al Cuzco llegó Viracoche, palabra que significa "hombre que vino en la espuma del mar"; era blanco y barbado; dió leyes y ordenanzas para el gobierno e hizo los edificios de piedra del Cuzco y la fortaleza", la cual es hecha en extraña manera" (Antonio B. Cuervo. Documentos inéditos).

(2) Respecto del lugar donde se fundó a Antioquia ha habido una polémica muy ilustrativa en qué han intervenido don José María Restrepo Sáenz, el Rvdo. Padre Francisco Luis Toro y el Dr. Antonio Gómez Campillo. El acta notarial de la fundación se firmó el 4 de diciembre.

Cuanto a la palabra ANTIOQUIA, son diversas las opiniones: que es indígena, dicen unos y significa **montaña de oro**; don Rufino José Cuervo la da como provenzal y muy popular en España, y otros piensan que Robledo quiso con ella recordar a **Antioquía**, ciudad siria, fundada por Seleuco a orillas del río Orontes.

Préstase a confusión el gentilicio **antioqueño** para aplicarlo tanto a los nacidos en la ciudad como en el departamento.

Si se acepta la tesis de los que juzgan que el Fundador evocó el recuerdo de **Antioquía**, lo que parece más cierto, sería lógico, y con ello se ganaría en claridad, si se emplease el adjetivo **antioqueno**, para designar solamente a los habitantes de la ciudad de ANTIOQUIA. En latín hay dos adjetivos para llamar a los hijos de **Antioquia**: **antiochenus** y **antiochensis**, que se traducen **antioqueno** y **antioquense** respectivamente.

de las entradas en esta provincia que hizo el Adelantado de Popayán, ordenó al capitán Miguel Muñoz que pusiese los cimientos de la ciudad de Santiago de Arma, en el punto en que el río que lleva este mismo nombre, desemboca en el Cauca. Pasaba esto en el año de 1542.

Por esos días se dirige Robledo a Cartagena. En San Sebastián se ve con los Heredias quienes le toman como usurpador y le remiten preso a España. La Corte, en compensación de los merecimientos del varón que había lustrado el nombre de su patria, lo premia con un simbólico escudo de armas y con el título de mariscal.

En 1546 se declaró don Miguel Díaz de Armendáriz gobernador de la provincia de Antioquia y nombró teniente general al mariscal Robledo. Vino éste a la ciudad capital fundada por él; se apoderó de ella y con no muy claras ejecutorias, abrió una campaña en que la violencia reemplazó al derecho. El Cabildo de Santiago de Arma lo desconoció, por lo cual el impetuoso Teniente rompió la vara del alcalde Rodrigo de Soria, lo aprisionó a él y a los regidores. En Cartago le recibieron con cortesía, pero sin acatarlo como gobernador; pasó lo mismo en Anserma donde tomó de la caja real 3000 castellanos de oro sin parar mientes en las protestas de los empleados.

Acércase el fin de un drama. Sabía bien el Mariscal que su competidor lo recibiría de guerra, por más que aquél quisiera disputar con él lauro por lauro. Ambos campeones habían marchado por estos mundos dejando a su paso jalones que eran ciudades; uno y otro arrogantes y valerosos; no parecía posible la conciliación.

Sin embargo, mandó Robledo a Benalcázar heraldos de paz y llegó hasta proponerle alianzas de familia; el Adelantado dio, como dice Uribe Angel, "vagas esperanzas de avenimiento".

Don Sebastián, con 150 compañeros, va hacia su rival, y en La Loma del Pozo lo halla y lo vence.

Fueron condenados a muerte: Robledo, Hernán Rodríguez de Sousa, Baltasar de Ledesma, Juan Márquez de Sanabria y Cristóbal Díaz.

Oigamos a Herrera:

“Preso el Mariscal, y caído en tanta desventura, por su ambición, y por no proceder con justicia, el Adelantado pidió consejo de lo que debía hacer de él: unos decían, que se podía contentar con haberle preso, y deshecho sus fuerzas, y que le echase de la tierra: el capitán Francisco Hernández Girón, y otros, aconsejaban, que le cortase la cabeza, pues en todo caso, convenía acabar con él, y no dar lugar, si le dejaba con la vida, a que el juez Miguel Díaz, y otros amigos suyos, le apoyasen de nuevo, para que fuese a mover nuevas inquietudes: de manera, que no tuviesen reposo; y arrimándose el Adelantado a este parecer, mandó armar su gente, y que se recogiese la del Mariscal, y le envió a decir que se confesase: mandó llamar a un escribano, y hizo su testamento, y se confesó y preguntó quien le había de matar? Dijéronle que un negro le daría garrote: tornó a decir, pues yo caballero soy, degollado debo ser, y conociendo al cabo la vanidad de estas honras, dio una castañeta, y dijo, que le matase quien mandase, y pidiendo perdón a todos, y encomendándose a la beatísima Virgen María, con gran devoción y constancia murió”. Era el 15 de octubre de 1546.

Anota Herrera (1) que en el baúl del Mariscal se hallaron cartas escritas a Díaz de Armendáriz en las que decía que el Adelantado y sus compañeros eran traidores, amigos de Pizarro y que “para con ellos eran más necesarios cabestros, y cuchillos, que prisioneros”. Piedrahíta rechaza esta aserción.

(1) Década VIII.

Mostrábase Benalcázar renuente a cumplir las nuevas leyes que favorecían a los indios; su fórmula de "se obedece pero no se cumple", explicaba su ánimo autocrático; era hombre de armas. Además, su adversario tenía el encargo de "tomar a todos residencia". Advierte acertadamente el historiador Restrepo Euse que Armendáriz obró de manera imprudente al dar tales atribuciones al Mariscal, el que también se separó en su proceder de la línea recta.

Como un asesinato jurídico, igual a muchos que se cometieron en la conquista, puede calificarse la muerte de Robledo. Sin duda alguna, el Adelantado le puso una dosis de odio personal a la funesta sentencia.

Y juzgo que contribuyó a tal procedimiento el hecho de ser Robledo un hijodalgo, que había unido su suerte con la de la clarísima dama María de Carvajal. Benalcázar, de modesta cuna, y que por el propio esfuerzo había realizado grandes hazañas, se veía inferior en aquel punto al noble Robledo. Sábese que ciertas espinas irritativas, como dicen los freudianos, se traducen en manifestaciones de odio y de venganza, que se toman como un sistema de desquite y compensación, cuando el individuo carece de suficiente resistencia síquica para sobreponeerse a tan pequeños incidentes.

Hallo como prueba de mi aserto la humillación a que sometió el triunfador al vencido: le aplicó la vil pena del garrote; quiso por lo tanto, como el comunismo de hogaño, nivelar por lo bajo. Hubiera sido el Mariscal socialmente igual a su terrible Juez y éste le habría perdonado: el heróico Benalcázar fue vencido en la lucha espiritual por el plebeyo Sebastián Moyano.

No falla la ley de la compensación: el crimen tiene sus consecuencias infalibles: el remordimiento agravó las dolencias del organismo de don Sebas-

tián, fatigado de tanto batallar. Condenado a la última pena, se dirigía a España en demanda de perdón, cuando le sobrevino la muerte en Cartagena. Humildemente expiró el recio Capitán: la mano hidalga de don Pedro de Heredia, con capa amiga, cubrió el frío cadáver de tan pujante varón. La divina justicia se anticipó al fallo de la humana.

Necesítanse muchos volúmenes para escribir la historia completa de la conquista de Antioquia. Permitidme que termine con un ligero recuento de algunos hechos no mencionados aún.

El Capitán Francisco Núñez Pedroso fundó a Mariquita en 1551 o en 1552. Por mandato de Díaz de Armendáriz exploró la región oriental de Antioquia hasta el valle que denominó Corpus Christi, punto al cual vino por vía distinta y en el mismo tiempo Fernando de Cepeda, mensajero de Benalcázar.

Bernardo de Loyola entró en el territorio antioqueño. Había partido de Vitoria, población que fundó Hernando de Salinas en 1558. Recorrió los sitios donde se hallan Granada, Cocorná, Peñol, Santo Domingo, San Carlos, Yolombó, Cancán y Remedios, ciudad esta que plantó Francisco Martínez de Ospina en el valle de Corpus Christi. Fue trasladada sucesivamente al valle de San Blas (1) cerca de San Carlos, y a las Sabanas de San Bartolomé.

El Capitán Andrés Gómez Fernández lució como explorador del territorio que hoy se honra con el nombre del sabio Francisco José, hijo de Popayán. El precitado Gómez Fernández era justicia mayor de Anserma (1548) cuando organizó una excursión hacia el norte. Fundó a Caramanta en 1557. La Real Audiencia lo designó para conquistar el Cho-

(1) Historia de Colombia. Julio César García.

có. Anduvo por las tierras de Urrao, Frontino, Cañasgordas y Murri.

Don Alvaro de Mendoza, gobernador de Popayán, nombró teniente gobernador de Antioquia al extremeño Gaspar de Rodas y le dio el encargo de pacificar los indios, hacer descubrimientos y fundar nuevas ciudades (1).

En efecto, el intrépido soldado fundó el 10 de septiembre de 1570 a San Juan de Rodas, a dos leguas del río Cauca, no distante de Ituango.

Tras expediciones y luchas fue depuesto Rodas de su cargo por acusaciones que formuló contra él Francisco Martínez de Ospina. Lo reemplazó por poco tiempo Alfonso Mendoza de Carvajal, quien fue residenciado y destituido.

En éstas se presenta el ambicioso Andrés Valdivia el que, habiendo recibido auxilios de Lucas de Avila para que consiguiera en España el gobierno de Antioquia, lo obtuvo para sí el 24 de agosto de 1569.

Valeroso y audaz, Valdivia se arrogó el mando de toda la provincia, pasando por alto las protestas del rico vecino de Arma don Jerónimo de Silva. Cometió graves faltas, las que trató de excusar por haberse enloquecido a causa de la carta anónima que recibió contra el honor de su mujer. Mas, la división que reinaba en sus tropas, minó sus fuerzas y en pelea con los bravos **Nutabes** cayó prisionero; los indios descuartizaron su cuerpo y bebieron su sangre. Acontecía esto el 16 de octubre de 1574 en el sitio llamado Matanzas. Había fundado a Ubeda en la loma de Nohaba, y recorrió las comarcas de San Andrés, Yarumal, Campamento, el país de los Cuerquias, Angostura y Anorí.

(1) Léase la completa biografía de Rodas que se halla en el libro GOBERNADORES DE ANTIOQUIA, por don José María Restrepo Sáenz.

Pidieron los vecinos de Antioquia que se nombrase gobernador a Don Gaspar de Rodas, varón de prendas excepcionales de energía, prudencia y entendimiento. Así blandía la espada, como legislaba y organizaba. Pertenecía a la selecta clase de individuos cuyo sistema sináptico es tan perfecto que permite en un mismo cerebro la asociación de facultades, al parecer opuestas, por ejemplo, la razón especulativa y la práctica. En ellos la acción sigue al pensamiento.

Pintan a Don Gaspar como sujeto de regular estatura, robusto y activo y agregan que “metía un ojo en el otro”, lo que indica que había en él un estrabismo convergente, anomalía que suele tener no muy buenas repercusiones en el siquismo.

Caballero de capa y espada, en un duelo, mató a Francisco Moreno de León “español de calidad, soldado valeroso en las conquistas de Antioquia y del Chocó y encomendero de los indios Titiribíes, Guaca y Punzana” (1). Moreno de León estaba casado con doña Juana Taborda, madre de doña María Centeno, rica y generosa matrona que con sus fondos puso agua, a fines del siglo XVII al cerro de Buriticá y costeó la construcción de los templos de este último sitio y de la Virgen de Chiquinquirá en la ciudad de Antioquia.

En su carácter de gobernador vino Rodas a investigar lo relativo a la muerte de su desgraciado antecesor.

En abril de 1576 se abrió el proceso contra los caciques que habían hostilizado a Valdivia. Actuaron, como fiscal, Fernando de las Alas Vango y como defensor, Paulo Hernández de las Heras, según lo refiere don José María Restrepo Sáenz. Horripilante fue la sentencia de Rodas.

En las postrimerías del año 1850 se dirigió ha-

(1) José María Restrepo Sáenz. Obra citada.

cia el oriente, seguido de 80 compañeros ;cruzó la meseta de Ovejas; llegó a la cordillera y descendió al valle de Aburrá. El cacique Nichío o Niquío le opuso resistencia, pero fue vencido. (1).

Con el Cabildo de la ciudad de Antioquia capituló tres leguas de tierra en este valle, acto que obtuvo la aprobación del gobernador de Popayán don Jerónimo de Silva.

Poseyó Rodas su encomienda en el valle de Aburrá. Cedió en marzo de 1598 a su hijo Alonso una propiedad que, partiendo del valle iba hasta Ovejas; en 1592 dio al capitán Nicolás Blandón (2) una legua de tierra desde la desembocadura de la quebrada de Ovejas en el río, hacia abajo. Y finalmente a la ciudad de Antioquia tres leguas en el valle de Rionegro. (3).

Del Aburrá siguió el hábil conquistador hacia el norte, explorando el río Porce; llevaba 70 hombres. Los **Yamesíes** lo combatían. En alguna ocasión se vio precisado a vadear el turbulento río; temerosos, los compañeros vacilaban. El jefe, experto en el manejo de las tropas y despreciando los dardos enemigos, se desnudó y lanzó a la corriente.

Cedo la palabra al cronista Castellanos:

“Mas todos los soldados, como vieses
Su determinación, no le consienten
Poner en tanto riesgo su persona
Y ellos, pospuestos los temores flacos,
Desnudos, con espadas y rodelas,

(1) Alejandro Barrientos. PAGINAS HISTORICAS COLOMBIANAS, por Ricardo Castro.

(2) El docto y sutil investigador don Gabriel Arango Mejía enseña que Blandón fue el primer alcalde de Buenaventura; era de los conquistadores de Perú y Popayán. Casó con doña Catalina de Heredia. Dejó una hija legítima, llamada Catalina, esposa de D. Diego Alvarez Castrillón.

(3) Archivo departamental. TIERRAS, tomo III y otros.

Impetuosas aguas van cortando,
 Yendo delante con insigne brío
 El mestizo Francisco de Taborda
 Alonso de Taborda, dos hermanos:
 Al fin tomaron todos la ribera
 Contraria donde van encaminados,
 Y después de cobrar algún aliento,
 Postradas en el suelo las rodillas,
 Hicieron oración como cristianos,
 Y luégo con el paso reportado,
 Proceden adelante con recato”.

El 10 de noviembre de 1587 promulgó Rodas las primeras Ordenanzas de minas y en 1593 las segundas. Conceptúa don Vicente Restrepo (1) que en “ellas se establece el principio que sirvió de base a la legislación española de minas, que atribuía a la Real Corona las riquezas del subsuelo, para darlas al descubridor y explorador de los metales preciosos. A esta sabia disposición, que siempre ha estado vigente en Antioquia, se debe en gran parte la prosperidad de que ha gozado este departamento, esencialmente minero (2).

Copio el primer párrafo de las Ordenanzas en el cual ordena que “cualquier minero o señor de cuadrilla sea obligado a tener y tenga en su rancho la imagen de Nuestra Señora, y delante de su puerta de la ranchería una cruz alta, y el que no la tuviere caiga e incurra en pena de diez pesos de oro, aplicados a la Cámara de Su Majestad y para la Iglesia de la mina de por mitad”.

Muy anciano murió don Gaspar de Rodas: estaba pobre, pues dejó una deuda de 25.000 pesos y

(1) ESTUDIOS SOBRE LAS MINAS DE ORO Y PLATA EN COLOMBIA. En tan notable obra pueden leerse las Ordenanzas.

(2) Fundó también Rodas a Cáceres en 1577 y a Zaragoza en 1581.

Impetuosas aguas van cortando,
 Yendo delante con insigne brío
 El mestizo Francisco de Taborda
 Alonso de Taborda, dos hermanos:
 Al fin tomaron todos la ribera
 Contraria donde van encaminados,
 Y después de cobrar algún aliento,
 Postradas en el suelo las rodillas,
 Hicieron oración como cristianos,
 Y luégo con el paso reportado,
 Proceden adelante con recato”.

El 10 de noviembre de 1587 promulgó Rodas las primeras Ordenanzas de minas y en 1593 las segundas. Conceptúa don Vicente Restrepo (1) que en “ellas se establece el principio que sirvió de base a la legislación española de minas, que atribuía a la Real Corona las riquezas del subsuelo, para darlas al descubridor y explorador de los metales preciosos. A esta sabia disposición, que siempre ha estado vigente en Antioquia, se debe en gran parte la prosperidad de que ha gozado este departamento, esencialmente minero (2).

Copio el primer párrafo de las Ordenanzas en el cual ordena que “cualquier minero o señor de cuadrilla sea obligado a tener y tenga en su rancho la imagen de Nuestra Señora, y delante de su puerta de la ranchería una cruz alta, y el que no la tuviere caiga e incurra en pena de diez pesos de oro, aplicados a la Cámara de Su Majestad y para la Iglesia de la mina de por mitad”.

Muy anciano murió don Gaspar de Rodas: estaba pobre, pues dejó una deuda de 25.000 pesos y

(1) ESTUDIOS SOBRE LAS MINAS DE ORO Y PLATA EN COLOMBIA. En tan notable obra pueden leerse las Ordenanzas.

(2) Fundó también Rodas a Cáceres en 1577 y a Zaragoza en 1581.

había gastado de sus propios fondos más de \$ 100.000 para la realización de sus empresas. Este preclaro nombre es merecedor de muchos encomios. Le siguió en el gobierno su yerno Bartolomé de Alarcón.

Luz y sombra, como en los cuadros de Rembrandt: hé aquí la síntesis de la historia humana.

Eterno ritmo de gloria y abatimiento, alegría y dolor, prosperidad e infortunio. Aún hoy los sueños de Faraón, de **las vacas gordas y las flacas**, constituyen un apotegma en el campo económico.

Presenta la conquista de América la dualidad de carácter, tan notoria en la raza española, que la pluma magistral de Cervantes eternizó en los dos tipos inmortales, don Quijote y Sancho: idealidad y utilitarismo.

Aquí el milite codicioso y cruel; allí el capitán que ansía glorias para su patria y su dama; allá el apóstol de Cristo que se irgue sereno ante la barbarie y la ambición, clamando piedad y justicia para el indio triste y rendido.

Empero, no sé qué hechizo posee la roja visión de la sangre. Y culpan de sanguinaria a España, olvidando que griegos y romanos, cafres y escitas derramaron torrentes del licor que anima y colora las venas. Asesinos fueron Alejandro Magno, Aníbal, Mario y Sila; crueles los monarcas asiáticos como los africanos; se cuentan matanzas de la conquista de la India y de la América del Norte, como de las guerras de Napoleón. Mataron hombres Enrique VIII de Inglaterra y el inquisidor Torquemada.

Y cómo agobia el espíritu saber que en esta hora de locura universal los países utilizan las bellas conquistas de la técnica para arruinar y desolar. Tristeza da reconocer que la civilización, como Dédalo, es víctima de sus propios descubrimientos. A-

quí del poeta latino, elegantemente traducido por Miguel A. Caro:

Las armas y las guerras en un día
Nacieron, y brindaron de repetente
Franco paso a la muerte antes tardía.

No al mísero culpéis: él solamente
Armas dio contra fieros animales.
Volviólas contra sí la humana gente.

Culpad al oro, autor de nuestros males... (1)

Los Cretenses, Rogerio Bacon, de Vinci y Cervantes antevieron la navegación aérea, asombro de estos tiempos. Ya el sol no funde las alas de Ícaro, pero en cambio, éste desde inmensas alturas incendia la tierra, sacrifica inocentes y destruye templos y palacios de arte. El modesto Clavileño que espoleó el caballero de la Mancha, anda vivo por los aires llevando a la par que mensajes de dicha, los horrores de la muerte.

Darío cantó:

Sangre de Abel. Clarín de las batallas.
Luchas fraternales; estruendos; horrores.
Flotan las banderas, hieren las metralas,
Y visten de púrpura los emperadores.

Conste que los conquistadores no alcanzaron la felicidad que para sí buscaban. En este instante la relación se convierte en martirologio.

Sábese que el genio no impera sino en lo porvenir: Colón, romántico viajador, acaba triste y pobre. Con sumo placer le remachó las cadenas, forjadas por la envidia, el que había sido su cocinero.

No se bañó Ponce de León en la fuente misteriosa que daba la eterna juventud.

Matan a Pizarro; decapitan a Balboa, el hombre de oceánicos horizontes; agarrotan al íncrito

(1) Tibulo. Elegía X.

Jorge Robledo; encarcelan por 20 años a Gonzalo Pizarro, primer gobernador de Charcas; Ojeda, César y Benalcázar apenas si tienen una almohada fría en qué reclinar, al morir, sus cansadas cabezas, y Jiméne zde Quesada, señor de tántas glorias, agoniza lacerado el cuerpo por la lepra y trabajada el alma por los remordimientos.

Esos cíclopes de la conquista pecaron: en vida recibieron el castigo. Orestes, aún purificado, se dolía de que las euménides le persiguieran sin tregua.

Quizás verían ellos, en las horas crepusculares, desfilar ante su recuerdo las sombras, coronadas de ciprés, de los reyes ,caciques e indios que quemaron, que martirizaron: Moctezuma, Caupolicán, Atahualpa, el cacique Buriticá, Sagipa y en fin, aquella reina isleña Anacaona, que llegó a la horca, erguida y fresca, a despecho de los sufrimientos, "en juventud incesantemente renovada, sin invierno y sin hojas secas, como un jardín primaveral del trópico".

Otorguemos a los fallecidos obreros de la conquista una guirnalda, tejida por la pluma inspirada de don José Joaquín Ortiz:

¡Oh! Dadme frescas palmas
 Con qué tejer coronas
 Que ornén la sien del vencedor! ¡Oh! ¡Dadme
 La lira de grandílicuos acentos
 Para cantar sus ignorados nombres
 Y en alas de los céfiros llevados
 De la tierra a los climas apartados
 Sean amor y orgullo de los hombres!
 ¡A todo bien tributo de alabanza!
 ¡A toda noble inspiración un canto!
 Lo mismo al que confiando su fortuna
 A frágil tabla y a delgado lino
 Al océano férvido se lanza
 Hallando de la América el camino,
 Que al que rasgando florecido manto

De la tierra el arado usó primero:
¡A todo bien tributo de alabanza!
¡A toda noble inspiración un canto! (1).

No todo aparece sombrío en la conquista y en la colonia. Los europeos descubrían tierras y fundaban ciudades que servían como centros mineros. Como consecuencia, venía el impulso de la agricultura, base primordial de la prosperidad económica. España dió de lo que tenía.

La filosofía de la historia disipa sombras y eleva la inteligencia.

Vivimos en los años de reivindicaciones sociales. No se permiten los latifundios y la propiedad tiene ya, como lo quiso Comte, una función social; el Estado es francamente intervencionista.

Dijose de Méjico: "país rico y pueblo miserable".

En esa admirable nación se formaron desde la colonia grandes mayorazgos. En la época, que no considero republicana, de Porfirio Díaz, refiere Esban Roldán Oliarte (2), solamente había en el país 384 hacendados. El Estado de Morelos pertenecía a 32 individuos; en San Luis, un propietario era dueño de tres millones de hectáreas de terreno, y otro en Taumalipas, de seiscientas mil. Bajo aquel régimen, las fincas rústicas, de 25.000 que había antes de la independendencia, se redujeron a 7.000.

La justicia ordena recordar que la Monarquía española creó la propiedad comunal, con el fin de favorecer a la clase pobre. Tengo, para mí que los **ejidos** vienen desde la legislación romana y quizá se asemejan a lo que se conoció con el nombre de **jus proferendi pomaerii**, o derecho de alejar el mu-

(1) LOS COLONOS.

(2) BOLIVAR ENTRE DOS AMERICAS, págs. 316 y 317.

ro de la ciudad, concesión que se hacía a los generales que habían tomado tierras al enemigo.

Los grandes latifundios mejicanos originaron la revolución agraria la que, como era de esperarse, implicó una reacción violenta. La injusticia social engendra la guerra en todas las latitudes.

Como fruto de lucha tan intensa, se escribió en la constitución mejicana de 1917 este precepto: "limitación de los latifundios, creación de la pequeña propiedad y control de las fuentes de la riqueza".

No existen en Antioquia los mayorazgos. La revuelta social sería impropcedente, y la causa de esto radica en la acción previsoras de Gaspar de Rodas y Mon y Velarde.

Las ordenanzas sobre minas, tierras, etc. de tales estadistas, son el principio de la administración ordenada que ha distinguido a nuestro departamento.

Tres siglos de callado y fecundo vivir tuvo Antioquia en el régimen de la colonia. Fecundo he escrito, y así es, porque en ese dilatado lapso se acumuló la energía que se manifestó prepotente desde los albores de la guerra de emancipación.

En San Juan se lee: "En verdad, en verdad, os digo, que si el grano de trigo, después de echado en la tierra no se muere, queda infecundo, pero si muere produce mucho fruto. (1).

Divinas palabras aquellas. La Montaña ha tallado, con bloques extraídos de la roca nativa, la estatua eurítmica de su propia grandeza.

Ni científico ni justo sería desconocer la parte que corresponde a España en la prosperidad de Antioquia.

(1) Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit;

Ipsum solum manet, si autem mortuum fuerit, multum fructum affert" XII, XXIV, XXV.

Iniciase el proceso, en refulgente epifanía, cuando sonó la voz de la libertad. Y cuenta que la acción de este pueblo no fue egoísta sino se proyectó por todo el continente. Juan de Dios Morales numen fue de la revolución de Quito; de este riñón andino salieron héroes a servir a la causa de América; Antonio Nariño, precursor eximió, conoció entre ssu filas a nuestros soldados; en Popayán, José Félix de Restrepo, se exhibió cual sabio plasmador de leones en las aulas venerables del Seminario; Francisco Antonio Zea, prez de las ciencias naturales, brilló en Madrid; en Venezuela predicó la libertad, y en Angostura, con voz olímpica proclamó el nacimiento de Colombia y la excelsitud de Bolívar.

Vibró la sangre española en las arterias de quienes nos dieron patria: hispánico es el amor del montañés por la libertad y la autonomía cuasi-federalista que cantó nuestro dulce trovador Epifanio Mejía; el espíritu cristiano que impulsó las naves de Colón, prendió la chispa de sublime caridad en la mente inculca de Javiera Londoño, **precursora de precursores antiesclavistas**, como la apellidó la pluma justiciera del Dr. Julio César García. Esa campesina inspiró a José Félix de Restrepo, a Jorge Ramón de Posada y al dictador Juan del Corral; un descendiente de Gonzalo Fernández de Córdoba, nacido en estas breñas, improvisó en Ayacucho la solemne voz de mando que acabó con el dominio del rey en la América del Sur. Y en un día triste, la cabeza de ese adalid, hermosa como la de Héctor, rodó en tierra y barrió el polvo ensangrentado en contienda fratricida.

De manera que cuando el imberbe Atanasio Girardot dio a los realistas como razón de su triunfo aquello de: "si vosotros sois de la tierra del Cid, nosotros somos sus descendientes directos", enunciaba una tesis rigurosamente científica e histórica.

Cuantos entre nosotros han lustrado los campos

de la ciencia, de las letras y del gobierno han seguido la estela de los españoles: nuestros costumbristas y noveladores tienen sus relaciones con Trueba, Fernán Caballero y Pereda: díganlo Emiro Kastos, prespicaz observador y literato de diáfano estilo, y Tomás Carrasquilla, príncipe de la novela americana en los últimos años. Zorrilla, Bécquer, Espronceda y Núñez de Arce cuentan con clarísimos seguidores, por más que el gran Gregorio Gutiérrez González, nuestro poeta nemoroso, hubiera querido escribir para los antioqueños y no para todos los lectores castellanos. Aún los artistas modernos de la palabra, como el humanista Abel Farina y Porfirio Barba Jacob, mágico lírico, si arrancaron nuevos acordes a su cítara, no abandonaron las puras fuentes del bien entendido clacisismo.

Al declarar Gutiérrez González que “como sólo para Antioquia escribo, no escribo español sino antioqueño”, proclamó una federación literaria, mal entendida por cierto. Con criterio más anchuroso, habría escrito un poema de carácter geórgico, genuinamente hispánico. Limitó el inspirado y amable cantor del **maíz** y de **Aures**, el horizonte de sus estrofas tan frescas y sonoras. Pero, vaya que en esto andaba mezclada la política federalista, tan en boga en los tiempos en que vivió y cantó. Por más que el poeta ame lo pasado y busque en él fuentes de inspiración, tanto más fecundas cuanto más lejanas, no puede emanciparse en absoluto de las circunstancias del momento en que pulsa la lira.

También, en los primeros años de la república, los redactores de la **Miscelánea**, cuyo número primero apareció el 18 de septiembre de 1825, movidos por las nobles aspiraciones de mantener la unidad y esplendor de la lengua castellana, proponían una federación literaria, semejante a la política que había de sellarse en el Congreso de Panamá, convocado por el Libertador.

La federación estaría constantemente representada, informan Angel y Rufino José Cuervo, (1) “en una Academia formada de miembros escogidos entre los más sabios de cada nación, y que había de tener su asiento en una ciudad central, digamos Quito. Provista de imprenta, biblioteca y cuantos elementos fueren necesarios, y ajena al mismo tiempo a toda ingerencia en tareas políticas, no debía tener por instituto sino conservar la lengua castellana en la misma pureza que nos la legó España, para que en ella pudieran dignamente redactarse nuestros códigos, escribirse nuestra historia, pintarse nuestra naturaleza y cantarse las glorias de nuestros guerreros”. Los redactores de la **Miscelánea** eran: Don Alejandro Vélez, don José Angel Lastra, don Juan de Dios Aranzazu, don Pdero Acevedo y el Dr. Rufino Cuervo.

El historiador Groot (2) dice que el **Sol de Méjico** propuso la misma idea.

Muy distinta actitud fue la del ilustre poeta e historiador argentino **Juan María Gutiérrez** quien, en arrebató injustificable, devolvió a la Real Academia Española, en carta fechada el 30 de diciembre de 1875, el nombramiento con que lo distinguió de miembro correspondiente. Decía en la nota de respuesta que “la lengua española estaba atravesando a las orillas del Plata, un período de transformación, que los argentinos no tenían interés en atajar”. El mismo Gutiérrez rechazó airado una condecoración que le ofreció el emperador del Brasil, porque creía que no cuadraba bien a su fe republicana una “presea aristocrática”. (3).

Si tuvimos en José María Villa la suprema intuición matemática, en Efe Gómez observámos no

(2) Vida de Rufino Cuervo, pág. 54. Tomo primero.

(2) Historia Eclesiástica y Civil. Tomo tercero, pág. 367.

(3) **Juan María Gutiérrez**, por Miguel A. Caro. Obras completas, tomo segundo.

sólo a un discípulo de Pitágoras, aplicador de las leyes del número y de la armonía, sino a un estilista genuinamente español.

Si Jovellanos y Menéndez Pelayo se llevan nuestra admiración, sepamos que en el Hato Viejo de Bartolomé de Alarcón, vio la primera luz quien sería lumbre de las humanidades, gloria del derecho internacional y maestro de doctos y doctores: Marco Fidel Suárez, esto es la más encumbrada inteligencia que ha producido Antioquia.

No se ha deslustrado la imperial lengua que nos enseñó la Madre Patria: se ha hermoseedo y enriquecido en estas tierras de aires frescos y cordiales.

Hánle dado nuestros humanistas, bardos, oradores y profesores un inusitado esplendor.

Rufino José Cuervo, Miguel Antonio Caro y nuestro compatriota Marco Fidel Suárez lucen como los más eminentes comentadores en Hispano América de las enseñanzas gramaticales del sapientísimo don Andrés Bello.

Y, como en palabras mortales trato de temas inmortales, según la expresión de Lucrecio, (1) os ruego que no neguéis vuestros parabienes a los nobilísimos cultores de nuestra lengua. Tras de Luciano Pulgar desfilan, entre muchos de los que ya vivieron: Rafael Uribe Uribe, varón en cuyas manos patricias se alternaron, en asociación dichosa, la espada, el arado y la pluma; Emiliano Isaza, doctísimo alumno del filólogo caraqueño; Luis Eduardo Villegas, que supo vestir con el regio manto de su frase elegante y castigada, los más abstrusos ensayos jurídicos; Fidel Cano, de numeroso y caballeresco estilo; el polígrafo Francisco de Paula Muñoz; Juanuario Henao, Alejandro Vásquez, Marco Antonio Ochoa y Martiniano Palacio, maestros de gaya doc-

(1) *Inmortalia* (mortati sermone notantes).

trina y amor ejemplar al estudio. Si me permitís, agrego el nombre de Tomás O. Eastman, quien hizo suya nuestra patria chica y la enaltecíó con los preciosos dones de su inteligencia y bondad.

No escatiméis vuestros galardones a los sacerdotes de Flora que, como Zea, Manuel Uribe Angel, Andrés Posada Arango y Joaquín Antonio Uribe derramaron en su estilo las finas esencias de la naturaleza, a la manera de Buffón y Maeterlinck. Es hora, señores, de que nuestra enseñanza universitaria se encamine hacia la investigación, tan indispensable para la dignificación de las profesiones liberales como para el incremento de la industria.

Tornóse llameante la egregia verba castallena en las lenguas encantadas de tribunos como Miguel Uribe Restrepo, Camilo Antonio Echeverri, Juan de Dios Uribe, Eusebio Robledo, Pedro Nel Ospina y Antonio José Restrepo, vate éste de multicorde lira que, cuando no daba las sordas notas de la impiedad, reproducía, tál en la oda al Tequendama, la entonación augusta de Herrera y de Quintana.

Cuentan además que en los púlpitos de la Montaña no se oyó en la centuria pasada, una voz más fluente y de más emocionada unción, que la del ilustrísimo Joaquín Guillermo González, a quien en momento solemne batió palmas el Pericles granadino, don Julio Arboleda.

Y como final comprobación de que los valores espirituales no mueren, os digo que el empuje conquistador de los españoles se mostró redivivo en los colonos del sur y del oriente de Antioquia que fueron a plantar sus tiendas en el edénico Quindío y en la montaña central del Tolima: la capital de Caldas ciudad es de ideales tan altos como su Ruiz; allá y en todas esas regiones, centenares y millares de hombres cantan el himno de un pueblo triunfador.

Clásica ha sido nuestra educación, aún con su apego a lo especulativo, prescindiendo del método

experimental, fuente de sabiduría. De este error se querellaba el Arzobispo Virrey. Correspondió al perillustre gaditano José Celestino Mutis, cambiar la faz de los estudios en el virreinato de la Nueva Granada y, con éxito tan venturoso, que hasta el día de hoy no ha habido en nuestra patria un florecimiento científico igual al que culminó con la Expedición Botánica.

Ya que hablo de cultura, dejadme que recuerde al ilustrísimo señor Juan de la Cruz Gómez Plata, quien dio el primer paso sistemático y eficaz para el impulso de la educación. El famoso Seminario de San Fernando que él abrió el 15 de septiembre de 1836, es la base de nuestra prosperidad intelectual.

La historia de un país está en sus grandes hombres: alumbran ellos los caminos y clarifican el ambiente cuando realizan una política biológica y espiritual, capaz de formar las generaciones de lo porvenir. Así lo practicaron los gallardos conductores: Pisístrato en Atenas, Augusto en Roma, Luis XIV en Francia, Bolívar y Santander en la Gran Colombia y Pedro Justo Berrío en Antioquia. No esperéis que nazca un Virgilio en el Congo, ni que se deje oír un Cicerón entre las tribus bárbaras.

Sin fines trascendentes y elevadas ideas no se entiende la civilización; sin idealidad no florece el arte, como tampoco se concibe el paisaje sin un jirón de cielo.

La cruz, símbolo santo, presidió el descubrimiento y ha continuado siendo el norte y guía de cuantos moramos aquende el Atlántico.

En la conquista de este hemisferio, la civilización de los cristianos reemplazó en absoluto a la de los salvajes, si es que se puede apellidar como tal el régimen en que vivían: cayeron los ídolos; las supersticiones caducaron; en todo vino un nuevo orden. Roma, con la fuerza, conquistó a Grecia, pero

ésta a su vez con su poesía ,su filosofía y su oratoria señoreó en la ciudad eterna; los conquistados fueron maestros y discípulos los vencedores.

Hermoso amanecer el del 18 de diciembre de 1541 (1). El capellán Martín de Robledo recuerda a los soldados que es domingo, día destinado al reposo y a la oración. Estos, arrimadas las rodelas, se dan a la tarea de construir un altar; falta la gótica catedral con sus agujas de mística locura; con sus ojivas, pupilas para ver la luz, y sus naves amplias y semioscuras que invitan al recogimiento; el canto de las aves reemplaza las múltiples melodías del órgano sagrado; no hay vestidos de lino ni de seda, recamados de oro. En cambio, por encima se extiende el dombo de los cielos azules; un árbol añoso y corpulento ofrece su hospitalidad generosa: allí el ara santa; la niebla, irisada por la luz oriente, simula el incienso que, cual nítido cendal, sube a las alturas ;las palmeras son ciriales; allá abajo rumora el río amigo, franjeado de selva; flamea, mecida por el viento sembrador, la bandera de Castilla.

Es un cuadro bíblico de los años patriarcales.

Y esos hombres de guerra, ante la hostia, deponen la arrogante altivez; inclinan las cabezas; oran por la madre ausente, por la novia amada, por el rey y por el triunfo de las armas de España. Es la heroica sinceridad atraída por el potente imán de la fe. En ese momento, cuatro centurias hace, descendió a tierras antioqueñas, el que fué, es y será Dios de Colombia.

He terminado.

Tomás Cadavid Restrepo

Agosto 13 de 1941.

(1) Esta fecha la ha fijado el Pbro. Francisco Luis Toro.